

*A mi hermana Rosario, bríos
del alma, rayito de fe.*

PRÓLOGO

Cuando escribí mi primer cuento hispanoamericano, «Eduvigis Lindavista», hace exactamente veinte años, en agosto de 1989, no sabía que mi niña Eduvigis daría pie a todo un libro de contenido y forma, de paisajes y espíritu hispanoamericanos. Por aquel entonces, lejos quedaba la lengua española de América; muy remota, la vivísima respiración del paisaje hispano; completamente ajeno, aquel conjunto de países transoceánicos, con el brutal y miserable establecimiento de muchos de sus gobiernos, tanto del pasado como del presente. Lo único que me resultaba consustancial sobre aquel mundo era la capacidad de conexión con las almas de los personajes hispanos de mi propia inventiva, unas almas encerradas en unos marcos paralelos, reconocibles, de ciertas realidades hispanoamericanas. Así que a través de mis propios personajes, fui consciente de una sensibilidad muy profunda hacia lo que es y significa Hispanoamérica. Desde entonces me interesó su pasado, su presente, su futuro, casi tanto como la realidad de mi propio país. Ciertamente hay un lazo de unión entre Hispanoamérica y España.

Como digo, no pude sustraerme a la fuerza dramática de aquellas gentes, a la mole bestial de sus paisajes. Parecía que mi primer personaje hispano, la niña Eduvigis, una ni-

ña de siete años muerta «en olor de santidad», una niña santa, tiraba de mi mano con su poderosísima energía, que avivaba mi intuición narrativa, que transformaba mi tonalidad lingüística de español en tonalidad lingüística de americano, para la que no desdeñé muchos usos y registros andaluces.

En aquel torrente de imaginación narrativa que cayó sobre mí, y que duró seis años, entre periodos de duermevela y agitación entusiasta, no estuve solo. La tradición literaria, con su impresionante fuerza, tiró de mí casi tanto como la niña Eduvigis. Hay tres nombres: Juan Rulfo, Gabriel García Márquez y Ramón María del Valle-Inclán. Aquí están los tres autores que me empujaron, que representaron por aquella época todo un sano y escalofriante pique de escritor. Para qué ocultarlo. Mi intención era igualar o superar la imponente obra literaria de los tres grandes maestros citados. No hay que reírse de mi atrevimiento. Uno era joven y tenía la potra siempre tiesa. Así que mi osadía hay que englobarla en ese contexto, en el de la inocencia que acarrea la juventud. Qué tres grandes escritores. Dentro del registro hispano, el más grande, y con mucha diferencia, es Juan Rulfo, que tuvo la forma, el fondo, la poesía, el coraje narrativo en la masa de la sangre.

Esta edición de *Relatos del fuego sanguinario y un candor* es la segunda. Se trata de una edición revisada, corregida y ampliada, como dirían los tratadistas. De sus diez historias, solo dos fueron galardonadas con premios literarios. Y eso fue así porque con la ingenuidad de la juventud, los escritores mandan a concursar sus obras, por comprobar con cierto morbo qué hacen con ellas. Fueron premiados los relatos «Eduvigis Lindavista», con el I Premio Teruel de Relatos, en octubre de 1989, apenas dos meses después de su punto final, y «Justi-

nita la Idolatrada», que fue Hucha de Plata en 1993, en el XXVIII Concurso de Cuentos Hucha de Oro.

Relatos del fuego sanguinario y un candor. Ya está aquí su segunda edición. Cuántos años sin bucear, de nuevo, en aquellos ambientes de mi creación. He de confesar que cuando comencé a leer la primera de sus historias, para las galeras, se me puso la piel de gallina con la descripción del nacimiento de la niña Eduvigis. Hay que ver lo que los escritores son capaces de escribir guiados por la ufana batuta de su juventud, por el sano veneno que te permite intentar emular los grandes logros de los mejores maestros.

Aquí estampo la segunda edición, veinte años justos después de finalizado su primer cuento, diez años después de que otro de mis personajes, Salvador Hurtado, el protagonista de la novela *El solitario*, viera en sueños a la niña santa, un asunto que me hizo pensar sobre si la niña Eduvigis, más que un cuento y el protagonismo esporádico en la saga de sus historias, podía merecer su propia novela. Todo un asunto que me abrumó, por el colosalismo de la ingente dificultad que conlleva. Bien es cierto que nunca se sabe lo que un escritor puede dar de sí. Pero a día de hoy, uno conoce perfectamente lo que la disponibilidad del tiempo concede, un tiempo que quema sus minutos, que los encrespa, un tiempo que me hace comprender la imposibilidad de superar, sobre la niña santa, lo que ya tengo escrito.

El Padró, Las Planas, 8 de agosto de 2009

EDUVIGIS LINDAVISTA

*...encima del cual túmulo se mostraba
un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella,
que hacía parecer con su hermosura hermosa
hasta a la misma muerte.*
Miguel de Cervantes

La niña Eduvigis Lindavista nació del pecado. La niña Eduvigis nació en la aldea más retirada de la República, all  donde nadie se acerca por su lejanía. Esta niña se presenta expuesta en la capital, en la Basílica de Nuestra Señora del Caribe. Los cirios arrebujados en las esquinas de su pequeño ata ud de cristal brillan día y noche, y la luz y los peregrinos, exaltados y confiados, son los compañeros de su maest tico cuerpo incorrupto. El aspecto del cadáver es lozano. El diáfano cristal de su cajón lo muestra estirado en un largo camisón blanco que cubre todo su cuerpo, exceptuando las manitas de porcelana y el rostro sereno por el que se adivina, si se mira fijamente, una liviana sonrisa de complacencia. Su cabello de zanahoria es corto. La gran mata de pelo que tuvo en vida se la llev  un señor importante de la iglesia vestido con una sotana del color de la naranja. Este señor ilustre la tiene colgada, hecha una trenza, en la pared de su alcoba, haciendo santa compa a a la cruz de Cristo. En la cabecera donde yace la niña, una placa de bronce cuenta la siguiente leyenda: *Eduvigis Lindavista, 7 años, ejemplo de incorrupci n y muerta en olor de santidad.* El olor de la Basílica es el que expande el incienso; sin embargo, donde la niña centellea se respiran los olores de las n veas flores de la yuca y los inmensos pétalos de rosa de las begonias.

JUSTINITA LA IDOLATRADA

El alba rasguñaba la puerta de la señora Justina y terminó cascándose, como huevo de chachalaca, sobre la madera de polilla. Cuando esto ocurrió, la señora Justina abrió los ojos en un respingo y pudo comprobar que su niñita se le había muerto en el seno de sus tiernos y protectores brazos, donde la hija todavía le procuraba calor con una de sus mejillas. La niña se murió despacito y sin hacer mitote en el momento que a la madre le venció el sueño, se conoce que para no remover más la ventisca de la tristeza.

—¡Ay, santa Eduvigis, que se me murió la niña mismito en el resuello! ¡Y las dos solitas! ¡Que ni siquiera está su papito Feliciano, que se lo llevó la guerra de los campos! ¡Ay, santa Eduvigis, resucítemela, echando mano a su infinita piedad!

Hacía ya varios días que Justinita, de tres años, ardía en la fiebre igual que los cerros vecinos, por donde anidaban los forajidos del Gobierno. Justinita se enfriaba ya, derretía los cascotes de su calentura como hielo al solecico. La madre lloraba, hincada de rodillas en la cama, al tiempo que rascaba la nuca de la hija para adormecerla, como si estuviera viva. La luz del pueblo se intensificaba con los destellos que el cielo claro expandía desde su torbellino de in-